

LA proclama de los universitarios de Córdoba, en junio del 18, fué voz de apremio para toda una generación continental. En el manifiesto beligerante dirigido por el primer sector juvenil rebelado a los «hombres libres de Sur América» halló el estudiantado del continente expresión de sus inquietudes y de sus esperanzas. Sin contenido ideológico definido, sin precisa orientación programática, el movimiento argentino,—hecho a poco continental,—no fué en sus comienzos, como lo acusa certeramente Mariátegui, sino una explosión pasional. Reflejando el complejo psicológico de la generación europea post-bélica, los muchachos americanos insurgieron por la conquista de una vida mejor, que cancelara en los espíritus el recuerdo de la matanza imperialista. A este factor, digamos universal, se agrega otro, dinamizando con nervios de acción el sentido fuertemente matizado de misticismo del primero e imprimiéndole un acusado sello de ciudadanía americana: la necesidad para los nuevos, responsablemente aceptada, de arrancar a manos senectas y torpes los destinos políticos de nuestros pueblos. La primera etapa de lucha, por lógica elemental, fué dentro del aula. Era necesario libertarla de la tutela oficial y dignificar dentro de ella la posición del alumnado. De aquí que las conquistas iniciales de la reforma,—tanto en Buenos Aires como en Lima, en Santiago de Chile como en la Habana, cruzadas cumplidas dentro de los cinco años inmediatamente posteriores a la insurrección de Córdoba—, reposaron sobre sus tres postulados universitarios, tomando el concepto «universitario» en su sentido lato y señalando con urgencia que no es el profesado por el espíritu nuevo: docencia libre, asistencia libre y participación del alumnado en el gobierno del aula. En escaramuzas heroicas, cifras iniciales en la hoja de servicios de la generación más dinámica y leal a sí misma que ha dado América después de la forjadora de su independencia política, lograron los insurgidos imponer a la reacción sus postulados renovadores. La lucha fue áspera y necesitó actualizar ese «destino heroico de la juventud» que con tan orgullosa jactancia inscribiera en sus banderas el grupo de Córdoba. En la etapa preliminar de esa lucha estuvo compacto el estudiantado. Hasta los menos fervorosos se enrolaron bajo las banderas de la reforma, aspirando a derivar de ella pobres concesiones a su indisciplina y a sus mediocres anhelos de conocimiento. Para éstos, el sentido de la universidad nueva se definía por la reducción del control docente, por la menor cantidad de pruebas oficiales durante el año, por la poda de temas de estudio en tal o cual asignatura, por la concurrencia, en síntesis, de liberalidades que les permitieran llegar a la meta profesional,—adquisición de patente de curso para el asalto legalizado,—sin

## Panorama de los movimientos estudiantiles de Latino-América y sus proyecciones

A García Monge.



Rómulo Betancourt

(Madera de Amighetti)

mayores esfuerzos. Cuántos soñaron con que la reforma no era una disciplina y un compromiso de acción, sino la fórmula cómoda para seguir «los cursos» en la forma preconizada por el estudiante de Salamanca, conocido personaje de la picaresca española: desde su «lecho», como los ríos. Era otro, más alto, más generoso y constructivo, el sentido de la empresa. En el espíritu de sus alentadores vigilantes,— los maestros José Ingenieros y Alfredo Palacios, como en el de los líderes de la cruzada,— González, del Mazo, Haya Delatorre, Ripa Alberdi, Gómez Rojas, etc.—ni siquiera la renovación de métodos pedagógicos y de sistemas de gobierno intrauniversitarios eran considerados como objetivo primordial de la lucha. Tenían apenas el significado de una primera fase de ella. Trascendida, quedaba planteada la que daría contenido humano a la reforma: desplazamiento del estudiantado del aula a la plaza pública, para afrontar la solución de los problemas de su pueblo y de su raza, para actuar como factor de vanguardia en las luchas políticas nacionales y continentales. Esto es, el rol social de la reforma, «de la reforma que no quiere hacer del estudiante una casta parasitaria, sino que lo desplaza hacia la vida, lo sitúa entre la clase trabajadora y lo prepara a ser colaborador y no instrumento de opresión para ella», como escribe Haya Delatorre.<sup>1</sup>

La primera experiencia sería y responsable de la reforma realizada en el sentido que recién

(1) Por la Emancipación de América Latina, Haya Delatorre. Buenos Aires 1927.

apuntamos, fueron las universidades populares *González Prada*, creadas en Lima el año 21. Fué su fundador y vigoroso guía el líder Haya Delatorre, cuyo nombre hemos citado amenudo y citaremos aún, por estar vinculado a toda empresa de superación latino-americana de estos tiempos. El dinamismo y la constancia admirables de este compañero, lealmente reconocidos por su compatriota Eudocio Rabines en un bien documentado estudio acerca de la U. P., logró hacer de esta institución surgida de la reforma no un incipiente campo de experiencia sino un verdadero organismo de cultura proletaria; y tanto, que la Primera Conferencia Internacional de Maestros, reunida en 1928 en Buenos Aires, recomienda la creación de universidades similares a aquella en todo el continente, como eficaz medio de culturización de las clases trabajadoras. En las U. P., extendidas de Lima a Vitarte, Cuzco, Trujillo, etc., el estudiantado de vanguardia se acercó comprensivamente a las masas obreras. Con la vulgarización del marxismo revolucionario, realizada en forma perseverante desde las cátedras de las U. P., adquirieron las masas conciencia de clase y de la lucha de clases. El 23 de mayo de 1923 salían de las puertas de la «*González Prada*» de Lima, levantada al lado de la Universidad oficial de San Marcos, millares de proletarios, protestando, en defensa de los postulados de la revolución, de la farsa burocrático-clerical que pretendía colocar al Perú bajo el patronato remoto y discutible del Corazón de Jesús e inmediato y

cierto de la curia romana. Funcionaron las metralletas del «civismo» en defensa de la «religión» y del «orden». La sangre estudiantil y la sangre obrera corrieron por un mismo cauce, bautizando esa masacre criminal,—y ya para todos los tiempos de América-Latina,—la solidaridad de las vanguardias universitarias con las masas de explotados. La reacción volvió por sus fueros. Haya Delatorre fue deportado; y con él, los más vigorosos colaboradores en la obra de reforma universitaria y en el sostenimiento de las U. P. Dentro de las universidades oficiales, la reacción recobró sus abandonadas posiciones; y de las conquistas logradas por los reformistas sólo queda hoy como irónica concesión, la concurrencia nominal del estudiantado al gobierno del aula, nominal por cuanto las delegaciones estudiantiles ante los consejos universitarios tienen voz deliberativa mas no voto resolutorio.

El ejemplo de la «enérgica» actitud de don Augusto Leguía fue piedra de toque para actitudes semejantes ya elaboradas en otros despachos gubernamentales de Latino-América. La «gendarmería tropical», que dice Henri Barbusse, piensa y obra con ejemplar solidaridad. (Parapillos, Gínés de Pasamonle, toda la «gente forzada del Rey que iba a galeras» renunció a cualesquiera diferencia personal que la separara cuando llegó la hora de apalea y de robar en común). Siles ametralló estudiantes y obreros en las calles de La Paz. Machado encarceló, asesinó y deportó líderes estudiantiles y obreros; y reintegró el aula a la tutela oficial por vía de decretos ejecutivos, el último de ellos,—desplazando al estudiante del gobierno universitario,—firmado en los mismos días en que se hacía titular por un cuerpo profesoral indecoroso y servil, doctor *honoris causa* de la Universidad de la Habana. En Chile, Alessandri primero y la dictadura fascista de Ibáñez luego, cancelaron las conquistas de la reforma. En Colombia, la reacción, más disciplinada que en ningún otro pueblo del continente porque tiene su reducto en la oligarquía clerical hecha gobierno, resistió sin ceder ni una línea los asaltos de las izquierdas insurgidas, en cuyos rangos militaba una juventud apta doctrinariamente como pocas de América: por eso, jamás logró el estudiantado colombiano renovar el espíritu de las universidades oficiales, donde imperan aun anacrónicos y ortodoxos principios de disciplina claustral. Ni siquiera en la Argentina, donde se libraron las más recias batallas ideológicas por la reforma y de donde salió la palabra nueva a conquistar voluntades y conciencias, se han realizado integralmente los postu-